

MEMORIAS POLÍTICAS DE ANTONIO I. VILLARREAL

CÓMO TERMINÓ SU AVENTURA CON EL DELAHUERTISMO

CAPÍTULO XXI Y ÚLTIMO

Como a las cuatro de la mañana, después de haber pasado una noche de angustia y de dolor, el general Antonio I. Villarreal y sus acompañantes Hinojosa y Arroyo sintieron un extraño ruido entre la maleza del “mogote” en donde se encontraban ocultos.

No cabía duda que tres o más hombres avanzaban, abriéndose paso dificultosamente entre la manigua. Aguzaron el oído con las miradas fijas hacia el lugar donde se escuchaba el ruido. De pronto vieron cómo a uno cincuenta pasos de distancia la luz de una lámpara sorda. ¿Serían amigos o enemigos?

—*¡Quién vive!* —dijeron, dispuestos a saber quién o quiénes eran los que avanzaban.

—*Soy yo, Abelardo...* —contestaron.

En efecto, era Abelardo Osuna, quien con recelo avanzaba acompañado por un desconocido. Ya ante sus amigos, el joven Osuna informó a éstos lo que había pasado durante la tarde y la noche en su hacienda. Refirió que

Las rupturas en el constitucionalismo

apenas de regreso en la hacienda, después de haber ocultado a los fugitivos, había arribado el coronel Moreno, al frente de un grupo de federales. Moreno había llegado lanzando denuestos contra el general Osuna y amenazando a los hijos de éste, asegurando que tenía noticias de que el general Villarreal se encontraba oculto en los terrenos de la hacienda.

LAS EJECUCIONES DEL DÍA ANTERIOR

Tanto Abelardo como su hermano Carlos, que había llegado poco antes, contestaron digna y enérgicamente al coronel Moreno.

El jefe gobiernista, pareciendo convencido de que Villarreal no estaba oculto en la hacienda, se había retirado; pero pocas horas después se presentó otro coronel pidiendo que se facilitara un camión a las fuerzas federales. Abelardo entregó el camión y fue obligado a pilotearlo.

La misión del joven Osuna fue conducir en su camión a los generales, jefes y oficiales delahuertistas que habían de ser fusilados, desde el cuartel de los gobiernistas hasta el cementerio. Abelardo había presenciado las ejecuciones y, emocionado, refirió brevemente cómo habían muerto los compañeros y subordinados de Villarreal.

No había tiempo que perder, según expresó Osuna, y los fugitivos fueron puestos al cuidado del desconocido que había llegado con el joven, y que era un pastor que habría de conducirlos a un ranchito cercano perdido en la selva y hasta el cual difícilmente podrían llegar los federales.

Emocionados, Villarreal, Hinojosa y Arroyo se despidieron de su joven salvador y emprendieron la marcha guiados por el pastor.

EN NUEVAS DIFICULTADES

Tratando de llegar lo más pronto posible al ranchito, el pastor condujo a los prisioneros a través de los cañaverales. Ya había levantado el día y el pastor, acobardado, decía entre dientes, con frecuencia, que aquella aventura le costaría la vida y quizás hasta la de su mujer.

Hubo momentos en que el pastor se detuvo negándose a continuar el camino, y quejándose amargamente:

—*Tenemos que pasar por donde hay mucha gente, y me acusarán de llevarlos a ustedes... Voy a perder mi familia, mi casa... ¡Todo por ustedes!...*

Las promesas de Villarreal de que sería espléndidamente recompensado, fueron inútiles. El pastor parecía resuelto a abandonar a los fugitivos. Y así, al llegar a un espeso bosque, les hizo saber su resolución de marchar para darse cuenta de los peligros y regresar a la caída de la tarde para conducirles al ranchito.

Villarreal, Hinojosa y Arroyo, quedaron en el bosque y creyéndose seguros, se tendieron sobre el suelo y quedaron profundamente dormidos.

Despertaron mucho después del mediodía y al abrir los ojos, no sin horror, vieron que más de cien animales, trepados en las ramas de los árboles, les miraban atentamente, como extrañados de encontrarse con aquellos extraordinarios visitantes. Eran pacíficos mapaches que al primer grito de sorpresa de los fugitivos huyeron en todas direcciones.

Con gran apetito, los tres revolucionarios devoraron los restos del bastimento que les había obsequiado Osuna, y se dispusieron a esperar el regreso del pastor.

DE NUEVO EN MARCHA

Cayó la tarde, llegó la noche; el pastor no aparecía. Sentados al pie de un corpulento árbol esperaron horas enteras, infructuosamente. Dormitaron un tanto y al amanecer resolvieron emprender la caminata, sin rumbo fijo, al azar, y solamente cuidando de no caer en poder del enemigo.

Penetraron por los cañaverales y empezaron a encontrar a los peones que se dirigían a sus labores. Los saludaban con un seco “buenos días”. Algunos trabajadores, curiosos, se detenían para interrogarlos. Villarreal respondía que eran desocupados que andaban en busca de trabajo. Los peones sonreían, ya que a pesar de que los fugitivos llevaban “guayaberas” y sombrero ancho, habían olvidado despojarse de algunos objetos que los descubrían como gente citadina. Villarreal llevaba al pecho una recia cadena de oro y en el dedo de la mano derecha, lucía una buena sortija.

Aunque el peligro que corrían era inmenso, el general solamente confiaba en aquellos tipos norteños: francos, dignos y siempre amigos del caído; esos trabajadores norteños no serían capaces de denunciarlos.

Las rupturas en el constitucionalismo

Caminando siempre sin dirección fija, llegaron los tres revolucionarios frente a la hacienda de Tanchipa, de la que era propietario don Oscar Cabrán.

Una mujer salió presurosa de un jacal, y dijo a Villarreal:

—*¡Señor, señor, no sigan para el pueblo, los andan buscando por todos lados y los van a coger!*

La mujer les proporcionó vestido raídos y alimentos, y cuando llegó el momento de partir, Villarreal dudó entre entrar a la hacienda o volver al monte. Optó, resuelto a todo, por lo primero.

UN GESTO DE NOBLEZA

Los vecinos de la hacienda salían a las puertas de sus casas, asombrados, sabiéndose seguramente cómo los federales buscaban a los fugitivos de Quintero. Un joven alto, delgado, les salió al paso, y deteniendo a Villarreal, le dijo:

—*Todos aquí se han dado cuenta de quiénes son ustedes; a tres leguas están los federales; de aquí les podrían dar aviso por teléfono, pero el teléfono está en tienda que tengo bajo mi cuidado y no habrá nadie que se acerque al aparato mientras ustedes no estén a salvo; ¡pero váyanse luego!*

Aquel joven, de origen italiano cuya memoria será siempre grata para los tres fugitivos, dando muestra de una gran nobleza, proporcionó a Villarreal un guía y suficientes alimentos para la jornada que tendrían que hacer para llegar al rancho que había indicado Abelardo Osuna.

Ya en camino, el guía empezó a mostrarse nervioso.

—*A mí me van a perjudicar* —decía el guía constantemente.

Habrían caminado como unos cuatro o cinco kilómetros, cuando escucharon un tropel de caballería. Los cuatro hombres corrieron hacia el monte; pero al poco tiempo vieron pasar frente a ellos una recua. Al reunirse Villarreal, Hinojosa y Arroyo, para continuar la marcha, notaron la ausencia del guía. Éste había desaparecido; quizás había emprendido el regreso a la hacienda.

¡POR FIN EN EL RANCHO!

Siguieron andando sin rumbo fijo hasta el momento que escucharon una voz de hombre que cantaba una alegre canción tamaulipeca. Se aproxima-

ron hacia donde habían oído el campo y vieron a un leñador que trabajaba duramente, mientras cantaba. Arroyo fue comisionado para ir a preguntarle dónde estaba el ranchito que los fugitivos buscaban. El leñador, espontáneamente, se prestó para guiarlos.

Cuando llegaron al ranchito tan anhelado, encontraron a una mujer sollozando. Supieron que era la esposa del pastor que los había dejado abandonados. La mujer les explicó que ese día, en la mañana, su esposo había sido aprehendido por los federales, que habían llegado al rancho en busca de delahuertistas.

La mujer, sin embargo, les ofreció asilo; pero Villarreal, temiendo que los federales regresaran, optó por refugiarse en el monte acompañado de sus amigos.

A OTRO RANCHO

No hacía ni una hora que el general y sus dos acompañantes se habían acomodado entre la maleza, cuando vieron llegar al ranchito un guayín. Un individuo descendió de él y se dirigió a la mujer.

El general Villarreal resolvió que uno de sus acompañantes fuese a ver quién era el recién llegado, y el enviado regresó poco después informando a Villarreal que el conductor del guayín era el mayordomo del rancho El Riachuelo, del que era propietario el general Fortunato Zuazua, y que había llegado en busca de los fugitivos para conducirlos fuera de la región.

Salió Villarreal del monte y fue a hablar con el recién llegado, quien al reconocerlo, experimentó no poco gusto, diciendo que, de acuerdo con los amigos de la región, quería llevar a los fugitivos al rancho de Francisco Garza en las cercanías de Xicoténcatl, en donde creía que estarían más seguros.

Accedió Villarreal, y ya entrada la noche y a bordo del guayín, emprendieron la marcha. El viaje se hacía con todo género de precauciones, instruido el conductor de que en caso de avistar alguna patrulla federal disminuiría la marcha del vehículo para que los fugitivos echaran pie a tierra y tuvieran tiempo de ocultarse.

Las rupturas en el constitucionalismo

INSTALADOS EN UN “MOGOTE”

El viaje se realizó sin contratiempo alguno, y al llegar a las cercanías del rancho de Garza, el mayordomo indicó a Villarreal la conveniencia de que bajaran del guayín y se ocultaran en un “mogote” en el cual deberían de instalarse provisionalmente.

Tres días permanecieron los revolucionarios en el “mogote”. Fueron provistos de cobertores y de vestidos, y diariamente un mozo del rancho les llevaba los alimentos y los periódicos de la Ciudad de México.

Un día, el general leyó, no sin asombro, una noticia: el general Villarreal había muerto en el combate de Quintero y su cadáver no había sido encontrado, ya que seguramente había sido devorado por los lobos. La noticia estaba ilustrada con un dibujo en el cual se veían a unos diez lobos despedazando un cadáver.

LOS FEDERALES

Pensaban los fugitivos aprovechar la primera oportunidad para salir de la región, cuando una mañana llegó un anciano, quien levantando las manos y tartamudeando, exclamó:

—*Ya llegaron los federales; los andan buscando. ¡Huyan! ¡Huyan!, por favor!*

Antes de emprender la fuga, Villarreal quiso saber si era o no cierta la noticia, y arrastrándose entre la maleza llegó a unos cuantos metros de distancia del patio del rancho. En el patio estaban más de veinticinco soldados y pudo escuchar cómo el jefe de la partida preguntaba insistentemente a los rancheiros si no habían visto a algún fugitivo delahuertista por el rumbo.

Temiendo ser descubiertos, los tres revolucionarios abandonaron el “mogote” y emprendieron la marcha de nuevo sin rumbo fijo, aunque al cabo de dos o tres horas se dieron cuenta de que marchaban paralelamente a la carretera de Xicoténcatl, rumbo a estación Osorio.

Se acercaban a la estación, cuando vieron pasar el tren de pasajeros que iba de Tampico a Monterrey.

—*Si pudiéramos irnos a Monterrey...* —dijo Villarreal y a continuación, ya resuelto dijo:

—*¡Nos iremos mañana a Monterrey!*

Para darse cuenta del terreno que pisaban y dispuestos a pasar la noche en algún jacal, los fugitivos se aproximaron a la estación entrando en una casa donde creyeron que sería alguna hospedería, como lo era.

Serenos, los tres se sentaron a la mesa y empezaron a hacer preguntas a un ranchero que allí encontraron; pero el ranchero, malicioso, empezó a su vez a hacer preguntas, dando a entender que comprendía cuál era la situación de los tres hombres. Temerosos de ser descubiertos, Villarreal y sus acompañantes resolvieron retirarse de la estación y dormir en el monte, listos para abordar el tren del día siguiente.

PREPARATIVOS DE VIAJE

Dispuestos para la marcha, a la mañana siguiente los tres amigos se dirigieron nuevamente a la estación. Cada quien debería sacar su boleto por separado.

Cuando se acercaba el tren, Arroyo e Hinojosa compraron sus boletos y Villarreal, viéndolos subir al tren, se acercó a la ventanilla y pidió un boleto de segunda. El jefe de la estación dirigió una severa mirada a Villarreal y dándole la espalda se puso a conversar con un oficial de ejército, quien en breves palabras le platicó que él, el oficial, había sido quien había mandado el pelotón que había ejecutado al licenciado Ramón Treviño.

En los momentos en que el tren iba a partir, el oficial se despidió del jefe de la estación, y éste, volviéndose a Villarreal, le entregó el boleto de segunda, diciéndole en voz baja:

—*¿Pero qué barbaridad está usted haciendo?*

Villarreal comprendió que había sido reconocido, a pesar de su triste indumentaria y a pesar de que una espesa barba negra casi le cubría el rostro.

EN MONTERREY

Presuroso, y ya cuando el convoy empezaba a caminar, subió el general al carro de segunda, quedando de pie en la plataforma posterior. El jefe de la escolta del tren, coronel Treviño Ayala, que había militado a las órdenes de Villarreal, pasó junto a éste y aunque le miró fijamente, no le reconoció.

En Cadereyta subió al tren Ismael González, pasando también junto al general sin reconocerle. Villarreal se sintió seguro, máxime que el conductor

Las rupturas en el constitucionalismo

del tren, viejo ferrocarrilero que había sido íntimo de él, tocándole el hombro, le advirtió:

—*Viejecito, aquí se puede usted caer, así es que mejor siéntese por ahí...*

Llegó el tren a Monterrey y Villarreal descendió del carro, se abrió paso entre los pasajeros y se dirigió al hotel Britge, en donde estuvo alojado dos días hasta que se instaló en la casa de un amigo.

Allí leyó la noticia de que su esposa, doña Blanca Sordo de Villarreal, había llegado a Tampico para dirigirse a Quintero en donde creía encontrar los restos de su esposo.

Varias semanas permaneció el general en Monterrey, dirigiéndose después a la Ciudad de México, en donde abrazó a su esposa, que le creía muerto, y en donde permaneció oculto cuatro años, hasta que marchó a Cuernavaca, comprometido con el general Francisco R. Serrano.

SU ACTUACIÓN FINAL

En Cuernavaca, gracias a un amigo que había ido a la capital de Morelos acompañando al general Serrano, supo que el general Juan Domínguez no secundaría el movimiento y que el presidente Calles había ordenado telegráficamente al gobernador Ambrosio Puente que procediera a la aprehensión de Serrano y de los acompañantes de éste, y Villarreal regresó a la Ciudad de México, donde estuvo oculto un año más, para aparecer como precandidato a la presidencia de la República.

Habiendo iniciado Villarreal su gira de propaganda por el norte, estalló el movimiento escobarista en el cual tomó parte y sobre el que el propio Villarreal ha escrito en los *Periódicos Lozano* interesantes capítulos.

En el destierro durante tres años, Villarreal regresó al país para presentarse como candidato a la presidencia de la República en las elecciones de 1934.

Desde julio de 1934, el general Villarreal ha permanecido oculto en la Ciudad de México. De la vida del general en los últimos meses hemos dado cuenta en la introducción de esta historia, que es la historia de treinta años de vida de un político mexicano.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 12 de abril de 1936, año x, núm. 210, pp. 6-7.